

Tiempo de fuego

CHRIS HEDGES :: 22/01/2025

Somos adictos a los combustibles fósiles. Con Trump, esto es un pacto suicida. Ignoramos los patrones climáticos anormales, refugiándonos en nuestras alucinaciones electrónicas

Los científicos del clima advirtieron repetidamente que los incendios apocalípticos que han estallado en el bosque boreal de Siberia, el Lejano Oriente ruso y Canadá se desplazarían inevitablemente hacia el sur a medida que las temperaturas globales en aumento crearan paisajes más cálidos y propensos a los incendios. Ahora lo han hecho. Los fracasos en California, donde Los Ángeles no ha tenido lluvias significativas en ocho meses, no son solo fracasos de preparación (la alcaldesa de Los Ángeles, Karen Bass, redujo los fondos para el departamento de bomberos en 17 millones de dólares), sino un fracaso a nivel mundial a la hora de detener la extracción de combustibles fósiles. La única sorpresa es que estamos sorprendidos. Bienvenidos a la era del "Piroceno", donde las ciudades arden y el agua no sale por las bocas de riego.

El bosque boreal es el sistema forestal más grande de la Tierra. Circunnavega el hemisferio norte. Se extiende por Canadá y Alaska. Viaja a través de Rusia, donde es conocido como "taiga". Llega a Escandinavia, retoma el ritmo en Islandia y Terranova y se desplaza hacia el oeste a través de Canadá, completando el círculo. El bosque boreal contiene más fuentes de agua dulce que cualquier otro bioma, incluida la selva amazónica. Es el pulmón de la Tierra, capaz de almacenar 208 mil millones de toneladas de carbono, o el 11 por ciento del total mundial. Sin embargo, se ha ido degradando de forma constante, agredido por la deforestación y la extracción de arenas bituminosas en Alberta, Canadá (que produce el 58 por ciento del petróleo de Canadá y es la mayor fuente de petróleo importado de EEUU), la sequía provocada por el hombre y el aumento de las temperaturas debido a las emisiones de carbono.

Casi dos millones de acres de bosque boreal han sido destruidos por las industrias extractivas y las empresas madereras. Han raspado la capa superficial del suelo y han dejado atrás tierras baldías envenenadas. La producción y el consumo de un barril de petróleo crudo de arenas bituminosas libera entre un 17 y un 21 por ciento más de dióxido de carbono que la producción y el consumo de un barril estándar de petróleo. El petróleo se transporta miles de kilómetros hasta refinerías tan lejanas como Houston, a través de oleoductos y en camiones con remolque o vagones de ferrocarril.

Este enorme ataque, quizás el mayor proyecto de este tipo en el mundo, ha acelerado la liberación de emisiones de carbono que, si no se controlan, harán que el planeta sea inhabitable para los humanos y la mayoría del resto de especies. Existe una línea directa entre la destrucción del bosque boreal y los incendios forestales arrasadores en California.

El sistema de bosque boreal ha sido testigo, durante más de una década, de algunos de los peores incendios forestales del planeta, incluido el incendio forestal de Wood Buffalo (también conocido como Fort McMurray) de 2016, que consumió casi 1,5 millones de acres

y que no se extinguió por completo durante 15 meses. El monstruoso incendio forestal, que según el periodista John Vaillant alcanzó unos 510 grados Celsius (más caliente que Venus), destruyó miles de hogares y obligó a la evacuación de 88.000 personas. El fuego arrasó Fort McMurray con tal ferocidad y velocidad que los residentes apenas pudieron escapar en sus autos mientras los edificios y las casas se vaporizaban instantáneamente. Las llamas se dispararon a 91 metros en el aire. Las bolas de fuego se elevaron hasta formar una columna de humo que se alzaba unos 300 metros más arriba. Fue un presagio de la nueva normalidad.

Más de 100 científicos del clima han pedido una moratoria a la extracción de petróleo de las arenas bituminosas. El excientífico de la NASA James Hansen advirtió hace más de una década que si se explota por completo el petróleo de las arenas bituminosas, "se acabó el juego" para el planeta. También ha pedido que se juzgue a los directores ejecutivos de las empresas de combustibles fósiles por "graves crímenes contra la humanidad y la naturaleza".

Es difícil hacerse una idea de la magnitud de la destrucción, a menos que se visiten como hice yo en 2019, de las arenas bituminosas de Alberta. Pasé tiempo con los 500 habitantes de Beaver Lake, la reserva Cree, la mayoría de los cuales son pobres y viven en pequeñas casas prefabricadas cuadradas. Son víctimas de la última iteración de la explotación colonial, centrada en la extracción de petróleo que está envenenando el agua, el suelo y el aire que los rodea.

Como escribí en su momento, Beaver Lake está rodeado por más de 35.000 pozos de petróleo y gas natural y miles de kilómetros de tuberías, caminos de acceso y líneas sísmicas. La zona también contiene el campo de tiro aéreo de Cold Lake, que se ha apropiado de enormes extensiones del territorio tradicional de los habitantes nativos para probar armas. Plantas de procesamiento gigantescas, junto con máquinas de extracción inmensas, incluidas palas mecánicas de más de media milla de largo y dragas excavadoras de varios pisos de altura, devastan cientos de miles de acres.

"Estos centros estigios de la muerte arrojan humos sulfurosos sin parar y lanzan llamaradas ardientes a un cielo turbio", escribí. "El aire tiene un sabor metálico. Fuera de los centros de procesamiento, hay grandes lagos tóxicos conocidos como estanques de relaves, llenos de miles de millones de galones de agua y productos químicos relacionados con la extracción de petróleo, incluidos mercurio y otros metales pesados, hidrocarburos cancerígenos, arsénico y estricnina. El lodo de los estanques de relaves se está filtrando al río Athabasca, que desemboca en el Mackenzie, el sistema fluvial más grande de Canadá".

Al final, nada en este paisaje lunar sustentará la vida. "Las aves migratorias que se posan en los estanques de relaves mueren en grandes cantidades", señalé. "Han muerto tantas aves que el gobierno canadiense ha ordenado a las empresas de extracción que utilicen cañones de ruido en algunos de los sitios para ahuyentar a las bandadas que llegan. Puede escucharse, alrededor de estos lagos infernales, un constante *bum-bum-bum* de los artefactos explosivos".

En gran parte del norte de Alberta, el agua ya no es segura para el consumo humano. El agua potable tiene que ser transportada en camiones para la reserva del lago Beaver. El

cáncer y las enfermedades respiratorias se extienden descontrolados.

John Vaillant, autor de "*Fire Weather: On the Front Lines of a Burning World*" describe el paisaje de las arenas bituminosas:

"...milla tras milla de tierra negra y saqueada salpicada de pozos como estadios y lagos muertos y descoloridos, vigilados por espantapájaros con ropa de lluvia desechada y supervisados por chimeneas en llamas y refinerías humeantes, todo ello entrelazado por laberintos de circuitos impresos de caminos de tierra y tuberías, patrullados por máquinas del tamaño de edificios que, a pesar de ser enormes, parecen empequeñecidas por los páramos que han creado. Los estanques de relaves por sí solos cubren más de cien millas cuadradas y contienen más de un cuarto de billón de galones de agua contaminada y vertidos del proceso de mejora del betún. Este lodo tóxico no tiene otro lugar al que ir, salvo al suelo, al aire o, si fallara una de las enormes presas de tierra, al río Athabasca. Durante décadas, las tasas de cáncer han sido anormalmente altas en la comunidad que se ubica río abajo".

Las tormentas de fuego fuera de control y las ventiscas de brasas arremolinadas, relata, son lo que ahora estamos presenciando en California, un estado que normalmente sufre incendios forestales durante junio, julio y agosto. Los barrios arden "hasta sus cimientos bajo una imponente nube de pirocúmulos que normalmente se encuentra sobre volcanes en erupción" y los incendios generan "vientos con fuerza de huracán y relámpagos que encienden incendios a kilómetros de distancia".

Estos incendios similares a ciclones se parecen más a los bombardeos incendiarios de Hamburgo o Dresde durante la Segunda Guerra Mundial que a los incendios forestales del pasado. Son casi imposibles de controlar.

"El fuego quiere escalar", me dijo Vaillant. "Todos sabemos que el calor sube hasta las copas de los árboles y absorbe el viento de abajo porque necesita oxígeno todo el tiempo. Por eso, es útil pensar en el fuego como una entidad que respira. Absorbe oxígeno de todos lados y sube hasta la arquitectura de los árboles, creando así un efecto similar al de una chimenea. El fuego es más alegre, más enérgico, más carismático y dinámico, en cierto modo, en las copas de los árboles y absorbe el viento de abajo. A medida que aumenta el calor, a medida que todo el árbol se involucra, se produce un incremento del calor y del viento, que luego se acumulan por sí mismos y se convierten casi en una máquina de autoperpetuación. Si las condiciones son lo suficientemente cálidas, secas y ventosas, las llamas comenzarán a saltar de una copa a otra".

El calor libera vapor, hidrocarburos de los combustibles que lo rodean, por eso vemos "bolas de fuego explosivas y oleadas masivas de llamas saliendo de los grandes incendios boreales, porque ese es el vapor sobrecalentado que se eleva y luego se enciende. Imaginemos una lata de gas vacía: aunque no contenga mucho líquido, explotará de forma espectacular. Bueno, eso es realmente lo que el fuego permite en el bosque, que todos esos hidrocarburos se liberen en esta nube gaseosa que luego se enciende. Es entonces cuando vemos, especialmente, un incendio boreal en pleno apogeo. Se denomina rango 6. Es comparable a un huracán de categoría 5".

Cuando las casas y los edificios se calientan mucho, liberan hidrocarburos, al igual que los árboles. Vaillant llama a los edificios modernos "dispositivos incendiarios". Están repletos de petroquímicos y a menudo revestidos con productos derivados del petróleo, como vinilo y tejas de alquitrán. Cuando los incendios elevan las temperaturas a más de 1.400 grados, el revestimiento de vinilo, las tejas de alquitrán, los pegamentos y los laminados de la madera contrachapada se vaporizan.

"De hecho, la casa moderna es más inflamable que una cabaña de troncos o una casa del siglo XIX que esté hecha principalmente de madera, amueblada en su mayoría con muebles rellenos de algodón o de crin de caballo, de cosas que ahora consideramos antigüedades", dijo Vaillant. "Pero la casa moderna es en realidad, en cierto modo, una lata gigante de gas y no pensamos en eso cuando hace 75 grados. Pero cuando hace 300 grados debido al calor radiante que sale de un incendio, o 1.000 grados debido al calor radiante que sale de un incendio forestal boreal, se convierte en algo completamente diferente".

"Todos los que estamos vivos hoy hemos crecido en la era del petróleo", dijo Vaillant. "Nos parece normal de la misma manera que creo que a la gente de los años 50 le parecía normal que la gente fumara en los aviones y en las salas de espera de los médicos. Estamos completamente acostumbrados a él, hasta el punto de que es invisible para nosotros. Pero si realmente nos detenemos a pensar en cómo se obtiene el petróleo y qué es en realidad, es literalmente tóxico en cada etapa de su vida. Desde el momento en que se extrae de la tierra, pasando por el proceso de refinación increíblemente contaminante, hasta nuestros automóviles y los lugares donde se quema... El petróleo te matará en todas sus formas, ya sea como líquido, como derrame tóxico, como gas, como emisión. Es extraño pensar que nos hemos rodeado y convencido de que esta sustancia profundamente tóxica es un aliado para nosotros y un facilitador de este maravilloso estilo de vida que vivimos, que ahora se está viendo comprometido de formas mensurables y visibles por esa misma fuente de energía».

Hemos aprovechado la energía concentrada de 300 millones de años y le hemos prendido fuego. Somos adictos a los combustibles fósiles. Con Trump, esto es un pacto suicida. Ignoramos los patrones climáticos anormales y la desintegración del planeta, refugiándonos en nuestras alucinaciones electrónicas, fingiendo que lo inevitable no es inevitable. Esta enorme disonancia cognitiva, que nos ha transmitido la cultura de masas, nos convierte en la población más autoengañada de la historia de la humanidad. El coste de este autoengaño será la muerte masiva. La devastación en California es el presagio del apocalipsis.

The Chris Hedges Report

<https://www.lahaine.org/mundo.php/tiempo-de-fuego>